Y de todo eso, creo, es "inconscientemente consciente"/ "conscientemente inconsciente" el artista creador. La idea de la convicción y de la especificidad en la elección de la pincelada/trazo/gesto o el medio técnico pictórico o musical queda paradigmáticamente reflejado en los últimos dos compases del 4° movimiento, *Andante ma non troppo e molto cantabile*, antes de atacar el brioso 5° movimiento, *Presto,* del *Cuarteto de cuerdas op. 131 en Do sostenido menor* de Beethoven (como nos recuerda Romain Rolland en su impagable obra sobre la vida y obra del genio de Bonn), al realizar un total de 15 esbozos hasta decantarse por la solución definitiva. Ello nos invita a reflexionar sobre que estos grandes genios eran plenamente conscientes del valor estético y emocional intrínseco de cada una de las elecciones de los medios técnicos e instrumentales elegidos en cada momento.

Parece igualmente oportuna y esclarecedora la profunda y sugestiva reflexión de Charles Nicholl cuando, hablando de la ejecución de la *Última Cena,* en su señera biografía sobre Leonardo da Vinci, escribe: "la vasta narración visual que cubre los muros de la *Grazie* es el fruto de miles de pinceladas diminutas, de *millares de decisiones microscópicas* (la cursiva es mía). La familiaridad con que contemplamos una obra de Arte mundialmente famosa hace que nos parezca algo inevitable -¿acaso podría haber sido de otra manera?-, pero lo cierto es que cada milímetro de ella sólo ha sido posible tras un arduo combate".

Cuando uno ha gozado y goza del privilegio, en este caso con mi Cuarteto Almus, de dejar que, durante cuarenta y cinco minutos, fluyan por tu sangre, huesos, músculos y espigas dendríticas a punto de estallar de éxtasis, la genialidad beethoveniena en forma de armonías, acordes, melodías y portentosa distribución de las minúsculas motitas de tinta negra que aparecen en la partitura del susodicho *Cuarteto de cuerdas op. 131 en Do sostenido menor* de Beethoven (que recordemos, es la única obra a la que su creador denominó como su *Meisterwerk,* su obra maestra), sí, lo reconozco, creo que es más fácil comprender cuán interconectados están Música, Pintura y ese ordenador central tan maravillosamente surtido de materia gris.

Estoy convencido que cuando don Luis recriminaba las incorrecciones interpretativas *in situ* a Ignaz Schuppanzigh,- a la sazón, primer violín del cuarteto homónimo que, por cierto, fue el culpable de que Beethoven siguiera escribiendo cuartetos de cuerda, pues contribuyó al estreno de todos ellos-, absorto e incrédulo ante la sagaz precisión y tino en las correcciones de un hombre ya totalmente sordo, con la única orientación perceptiva de la respuesta ocular, motriz y emocional de los cuatro instrumentistas de cuerda, se entiende mejor esa inexorable y maravillosa relación que existe entre la Música de Beethoven y la corteza motora y frontal y el sistema límbico, donde el alma del oyente beethoveniano parece tener su jacuzzi particular y su Listerine espiritual, en un inefable holismo fruitivo y frutal.

Estamos todos convidados al banquete. La entrada es libre… Sí, resulta muy estimulante que haya habido, y que aún haya, "neurólogos artistas".

Octavio de Juan Ayala
Doctor en Historia del Arte
Violista del cuarteto de cuerdas *Almus*